

MAE 7102

990 145784

Oswaldo Lira, SS.CC.



por Alberto Cardemil

Discursos del Apóstol en los
homenajes del sacerdote y filósofo P.
Oswaldo Lira Piro.

Los profundos y amados discursos que me han precedido y que proseguirán, dan cuenta noble de dos de las exposiciones vitales, exactas e intrínsecas de nuestro padre Oswaldo, cuales fueron: su sacerdocio en la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y su magistral cultivo de la Filosofía, silencioso diálogo del alma en torno al Ser, conocimiento razonado de Dios, el Mundo y el Hombre.

Me aproximo con unción, en este momento solemnemente que sepultamos la corporeidad mortal de Oswaldo, a una tercera experiencia vital de su vigorosa y gigantesca humanidad, cual fue su influencia práctica de ejemplo e ideas, su incorporable, extenso, perseverante y cauteloso existencial, que ejerció por más de seis décadas, sobre hombres y mujeres chilenos, a los que ha correspondido desempeñar funciones importantes en la administración del Estado y en la política costopaguina.

Pisado que muchos personas, como quien habla, acuciadas por una agudía de servicio al bien común, por una asombrosa rigurosa ontología, por una agudía de estética, por una acuciosidad inimitable de metafísica, no podemos hoy dejar de dar nuestro testimonio en el exterior de Oswaldo.

¿Cuánto le debemos!, ¿Cuánto le debe Chile!, ¿Cuánto le debe la sociedad cristiana occidental!, cuya genealogía doctrinaria, cuya ejemplaridad estable describió, analizó, desarrolló, defendió contra todos en todo tiempo y circunstancia, cuyo sentido y validez trapeó y amó y nos enseñó a respetar y amar.

Muchos son los que hemos leído y calado nuestra sed de trascendencia en sus "Nostalgias de Vásquez de Mella", y "Visión Política de Quevedo", libros fundamentales para todo político serio; en la sustentación del mestizo espíritu de "Ortega", en los valores permanentes de "Vozes y Libertad" y "Ontología de la ley", en los trascendentales tratados de estética que son "La poesía y música en Juan Ramón Jiménez" y "El Misterio de la poesía", en la explicación de la nacionalidad chilena que constituye "Hispanidad y incultura", en los valores de la tradición occidental contenidos en ese precioso libro que es "De Santo Tomás a Vellázquez pasando por Lope de Vega".

Mantengo en mi mesa de trabajo, como joyas inapreciables, varios originales de estos libros del padre Oswaldo, corregidos, anotados y comentados de su puño y letra. Sin embargo, constituyen un tesoro mucho más preciado, para mí y mis amigos, el secundo impreso de tantos días luminosos, tantas tardes apacibles y tantas noches un poco más desparecidas (el padre Oswaldo recordaba siempre con una fina, caustica y profunda sintonía de autismo humanista que las fronteras de la cultura coinciden con las fronteras del viso) en cuyos horas osamos, discutimos, nos admirábamos y muchas veces nos desacomodábamos, con su discurso implacable, lógico, portentosamente creativo, brillantemente paradójico, siempre coherente, sicopare intencional, siempre informado (fuerza y materia padre Oswaldo) de la más profunda y verdadera realidad sobre la racionalidad y los misterios de Dios y su creación.

De él Oswaldo aprendimos que el hombre, sustancia individual de la naturaleza racional, tiene por fin la salvación de su alma eterna, que las sociedades naturales interceden entre el Hombre y el Estado, se crean y organizan para la perfección y no para el desenvolvimiento de aquel; que la familia es la organización esencial de una comunidad terrena; que la ciudad humana vive un sistema de jerarquías y representaciones de intereses reales que descarte muy lejos de las ideologías que hoy una soberanía social y

otra política, que el fin del Estado es el Bien Común; que este no es el bien de la minoría ni de la mayoría sino bien de cada uno obsesionado en la consuetudine de todos; y que por ende su actividad está comandada por los principios de subsidiaridad y solidaridad, (o totalidad como más filosóficamente se habría podido decir). De él aprendimos que el derecho natural es fuente de toda justicia humana, que la fidelidad a la verdad es fuente de toda libertad, y que la Cruz de Cristo es fuente de todo buen humor.

De él aprendimos, padre y maestro Oswaldo, que una nación, análogo del ser humano y por ende compuesta por cuerpo y alma, no es fruto de un contrato sino producto de una herencia de las generaciones, y que los que hoy estamos vivos no sólo tenemos derecho a ser nosotros mismos, sino el deber de seguir siendo nosotros mismos, por cuanto hemos recibido por tradición valores, ideas, principios y costumbres que deben ser desarrollados, perfeccionados, purificados, vivificados, para ser entregados, actuales y eficaces, a las generaciones que vendrán.

Padre Oswaldo, cuando hoy como la década de los sesenta en que nos conocimos y amáramos la crisis de la confusión social paralizante sofoca nuestros días, cuando el ser humano parece devenir en mas rufin, en un átomo incoordinado y errático, en un sujeto u objeto del "abuso" comunicacional y económico; cuando la familia es cuestionada y combalida en su esencia constitutiva, cuando en la sociedad parece buscarse como único fin el éxito fácil, el placer y el poder utilizando cualquier medio; cuando la moda recurre a la moda; cuando la globalización insistentemente tiende a convertirnos en ídem social de un supermercado mundial de valores, ideas y principios; en palabras firmes, la amistad generosa, la página rotunda y, sobre todo, la ejemplo sereno de caballero chelco, sacerdote y filósofo, nos siguen señalando el rumbo correcto.

Un día nos difiere que la auténtica caridad no consiste en la blandura simplificada de la transacción, en la comediosidad del olvido, en la despretensión de

creer que la verdad es lo que opina más de la mitad de la gente, más de la mitad de las veces.

Finalmente, como esos santos medievales a quien tanto adorante y que eran definidos como varas de hierro revestidas de terciopelo. En tu cruz, como siempre desdoblase el terciopelo, rogamos hoy por tu descanso eterno, pidiendo que desde el Más Allá te sigas esforzando por regarnos a nosotros el descanso, mientras no actuemos según nos enseñaste.

Fuertes a tu legado, sabemos que te agustará enterarte a esta tierra, que tanto te dolió siempre, con una rica oración al Todopoderoso. A Él, en la nombre y junto a tus restos, elevamos un soneto anónimo y total de tu Siglo de Oro español, que me enseñaste y juntos repetimos muchas veces, y que fue en tu profundidad más recóndita, y por ende más secretamente profunda, la clave del sentido de tu vida; una formidable capacidad intelectual modelada por el yugo del servicio a la más humilde sencillez de Amor de Jesús el



Cristo.

*No me mueve mi Dios para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por esto de ofenderte.*

*Tú me mueves Señor, qué viene el varic,
Clavado en una cruz y encamado:
Muéveme ver tu cuerpo tan herido
Muéveme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme el fin tu amor al Dios Señor
y en tal manera,
Que cuando no hubiere cielo yo te amo
Y cuando no hubiera infierno te ofendiera.*

*No me mueve que dar Señor porque te quieras,
Porque aunque lo que espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.*

Oswaldo Lira, SS. CC. [artículo] Alberto Cardemil.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cardemil, Alberto, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Osvaldo Lira, SS. CC. [artículo] Alberto Cardemil.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile